

SEMANA SANTA: IDENTIDAD CULTURAL Vs. MODERNIDAD

Un océano, dos golfos, diversos mares y bahías son quienes bañan la accidentada silueta de nuestro grandioso país; desde los cielos se pueden observar las piezas de un inmenso rompecabezas, con asimétricos trazos que se desprenden desde lo alto de las cordilleras y que caen sobre valles con multicolores matices, delimitando hectáreas de sembradíos generosos que antaño, solían ser el resultado del tributo a deidades inventadas por antepasados, dando paso a una idiosincrasia que a la fecha, sigue latente en más de alguno de los rincones de nuestra prodigiosa tierra. En el trajinar por la búsqueda de la supervivencia, fueron apareciendo los asentamientos de nativos y criollos, como resultado del cruce de ambiciosos conquistadores y sometidos indígenas que, se fueron diseminando hasta formar una policromía étnica, que hoy, sigue luchando contra la modernidad y los avances tecnológicos para tratar de conservar su propia esencia.

Día a día lo pagano y lo religioso, abre paso también a una inmensa cultura, que despierta cuando en el calendario, aparece el día del santo patrono exigiendo su festejo que, sin dudarle, se le brinda y el cual ha prevalecido con celoso respeto y una devoción irrestricta, que cobra vida a través de cantos y danzas, gastronomía y coloridas vestimentas, rituales y leyendas, e inaudita fe que llega hasta el cielo a través de la pirotecnia. Y así, como si fueran dos corchetes, las penínsulas vigilan sigilosas, las tradiciones del vasto territorio que caprichosamente fue delimitándose, como sabiendo que había que respetar un estilo propio, que diera identidad a cada uno de los 32 estados de la “*Suave patria*”, que describiera con gran tino en sus versos, Ramón López Velarde en 1921, cuando paradójicamente se celebraban, los 400 años de la consumación de la independencia de México.

_

Una de esas celebraciones y sin lugar a duda la más importante del país, es la Semana Santa. Evento que para todos los mexicanos tiene particular importancia: De unos por ser católicos y de otros porque en el espacio de tiempo en que transcurre el fenómeno social, disfrutaban de unas vacaciones; al menos

los estudiantes de familias que poco a poco van dejando el catolicismo para emprender nuevas aventuras religiosas.

Podrían mencionarse diversas manifestaciones que giran en torno a la Semana Santa, pero lo cierto es, que en cada comunidad que cobra vida la representación del acto, donde Cristo fue crucificado, logra captar la atención de nativos, compatriotas y extranjeros, quienes se organizan con antelación para visitar el lugar donde se vive el sincretismo religioso.

_

La diversidad étnica, de esta maravillosa nación da la oportunidad de llegar al disfrute de la tradición, de diferentes formas y en distintos contextos; destacándose de manera especial la representación de la muerte de Jesús en Ixtapalapa, Ciudad de México.

Cada año, durante la Semana Santa, son miles las personas que se congregan para presenciar una de las escenificaciones más emblemáticas y conmovedoras del país, en la que habitantes de la comunidad participan con respeto, devoción y entrega, en la recreación de los últimos días de la Pasión de Cristo. Esta representación ha rebasado las expectativas que se tenían y que pretendían revivir los pasajes bíblicos, como un acto religioso y que ahora se ha convertido en un símbolo de identidad, resistencia y unidad para los habitantes, quienes anticipadamente preparan escenarios, vestuarios y ensayos que dan vida a una tradición que trasciende generaciones y fronteras. La representación en Ixtapalapa no solo atrae a fieles y curiosos, sino que también es motivo de orgullo nacional, pues refleja el sincretismo de la cultura mexicana, fusionando elementos indígenas y católicos en una celebración que conmueve tanto por su solemnidad como por su arraigo popular.

_

En paralelo, con un concepto contrario, pero con el mismo enfoque cultural, la tradición se vive de dos diferentes maneras, en dos asentamientos geográficos distintos: Mayos, en lo que fuera hasta el año de 1748 el Reino de la Nueva Galicia, para formar parte de la intendencia de Arizpe, hasta el 21 de julio de 1823, al ser separadas por decreto del Congreso, las provincias de

Sonora y Sinaloa. Aunque al siguiente año, por Acta Constitutiva de la Federación Mexicana, se vuelven a reunir Sinaloa y Sonora, formando el Estado de Occidente, para que, por fin en 1830, se separaran de forma definitiva ambas provincias y designándose capital del estado de Sinaloa a la ciudad de Culiacán y Hermosillo al de Sonora.

La importancia de conocer estos datos estriba en que esta agrupación -la de los mayos-, se ubica justo en los límites del norte de Sinaloa y el sur de Sonora y son muchísimas más las semejanzas que las diferencias en cuanto a las características socioculturales, que se pueden apreciar durante los diversos eventos en donde coinciden, y aunque de manera generalizada el nombre de la etnia se cree que es exclusivo del grupo que habita la región sur del estado de Sonora, en Sinaloa se concentran los centros ceremoniales más importantes y se llevan a cabo las celebraciones -al menos en el caso de la Semana Santa- más arraigadas y con una proyección y participación sin precedentes.

Es importante resaltar que en el mismo asentamiento de la región mayo, y específicamente en el territorio donde se ubican los mayos de Sinaloa, mismos que se hacen llamar *Yoremes*, se pueden observar elementos distintivos en cada uno de los centros ceremoniales donde se celebra la Semana Santa, sobresaliendo por ejemplo, la presencia de *huellers* quienes representan a los judíos que andan en busca de Jesús para entregarlo; su nombre se retoma de las acciones que realizan durante la celebración, en donde el espectador distingue el papel que desempeñan porque se observa que en realidad buscan siguiendo las huellas por cada rincón del espacio delimitado en Tehueco, en el municipio de El Fuerte; además, su vestuario y tipo de máscara es tan singular que sobresalen del resto de danzantes de la región; por otro lado, los judíos del centro ceremonial de Mochicahui, en el mismo municipio, utilizan como vestuario, prendas comunes, máscaras de cuero, ténabaris elaborados con los capullos de las mariposas de cuatro espejos, coyolis, pero se diferencian del resto por enseñar sus piernas; es decir, no usan pantalones de manta, ni capas con imágenes religiosas como en el caso de los judíos de Tehueco; por último, en San Miguel Zapotitlán, en el municipio, de Ahome, la comunidad mayo-yoreme retoma elementos del entorno para ambientar la enramada, donde pascolas y venados, así como coyotes, danzan con pasión, mientras los judíos errantes

esconden tras sus máscaras, el verdadero sentir de la celebración pese a que a orillas del poblado, por la carretera, transitan los que van en busca de diversión o descanso. No está por demás incluir un comportamiento que al parecer no tiene nada que ver con la celebración, pero que ya se ha convertido en algo así como el anuncio a la sociedad civil del sur del estado, de que ya se aproxima la Semana Santa, porque de pronto aparecen por las calles danzantes de judíos - que algunos llaman fariseos- que andan recolectando dinero. Sería una irresponsabilidad el asegurar que el destino de esas divisas será utilizado para mejoras en la celebración, o que son personas que salen por pagar una manda; pero lo que, si es cierto, es que estas pequeñas apariciones fuera del contexto donde se asienta la etnia, dejan ver que la tradición prevalece, con sus diferencias y sus semejanzas, pero con el mismo enfoque y la misma pasión que cada año logra captar la atención de más compatriotas y turistas. Una de las preguntas que investigadores o interesados en la cultura de los pueblos indígenas siempre sale a relucir, es la que concierne a la preservación de la tradición y que es respondida por sí misma al presenciar, por ejemplo, en Tehueco, a niños vestidos de forma similar a sus padres, ataviados con sus trajes y máscaras porque así lo han decidido y no por imposición; demostrando que la tradición continuará pese a la modernidad en la que ellos interactúan.

_

En el mismo noroeste del país radica el otro asentamiento, que año tras año revive la tradición. Enclavado en el corazón de la sierra madre occidental los *Coras* también llamados na'ayeri, una etnia originaria del estado de Nayarit, especialmente asentada en la sierra del Nayar. Se caracterizan por su profundo sentido comunitario y su fuerte vínculo con la naturaleza, aspectos que impregnan sus costumbres y vida cotidiana. Los Coras han logrado mantener muchas de sus tradiciones ancestrales, como su lengua propia, la organización social por medio de autoridades tradicionales y la realización de ceremonias que combinan elementos indígenas y religiosos, reflejando un sincretismo particular.

Sobresalen “*Los borrados*”, varones de la comunidad que desde el jueves santo se transforman, embijándose el cuerpo con betún de olote quemado, arcilla blanca o bien con anilinas de colores, según sea el bando al que pertenecen o el momento dramático de la celebración. Se les conoce como “*La Judea*”,

haciendo alusión a los judíos que, visto desde el sentir de los coras, comparan a los personajes bíblicos como animales, por la forma en que trataron a Jesús.

_

La tradición se ha arraigado con mayor intensidad en la parte norte del país, pero en cada comunidad sea o no, una congregación indígena, se hace lo propio, por ejemplo la procesión detrás de una figura de Cristo con cara negra en Pátzcuaro, Michoacán; la veneración de una imagen de Cristo hecha de papel maché con túnica morada en la Iglesia de San Francisco en el centro histórico de la Ciudad de México; las procesiones del Domingo de Ramos y del Vía Crucis que se han convertido en eventos grandiosos y llamativos en la mayoría de las comunidades donde se reúnen vecinos para participar en coloridos desfiles que representan la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo y la de los tarahumaras en Chihuahua, Yaquis en Sonora, Huicholes en Nayarit y Jalisco por ejemplo, quienes realizan rituales donde la música y otros elementos reviven la tradición con profunda devoción.

_

Concluyendo se puede asegurar que la idiosincrasia y cosmovisión de cada una de las agrupaciones étnicas del país y la de feligreses en las comunidades de cada rincón de México, demuestran las diversas formas de pensar y creer, de respetar y preservar, donde lo que para algunos pareciera una burla, -por los elementos que se incluyen y que regularmente tienen que ver con los que encuentran en su entorno-, para ellos, es un legado que ha trascendido de generación en generación y que atesoran con respeto porque los hace resurgir, al dar a conocer su sentir, convencidos que después de la conquista, esa amalgama debe ser respetada, sin menoscabo de su esencia ancestral.

Así, la Semana Santa en México adquiere un matiz especial, donde la fe y la historia se entrelazan en cada rincón, y la muerte de Jesús se revive con la esperanza y el color que caracterizan a nuestra tierra, sin importar que después del domingo de ramos, todo vuelva a la normalidad, porque es inevitable que todas estas agrupaciones no disfruten de los beneficios que les ofrece esta era, porque entonces serían pueblos excluidos viviendo en la ignominia, bajo la sombra del progreso.

Referencias

- *Escuela Superior de Ciencias y Artes Mukila Mazo. Tesis. Investigaciones de las diversas celebraciones de México. 2009-2023.*
- *Archivo Histórico de Culiacán, Sinaloa. Línea del tiempo.*
- *Inzunza, Ramirez Heriberto. Semana Santa en San Miguel Zapotitlán, Ahome. Trabajo de investigación. Seminarios de metodología de la investigación. 1991.*
- *Entrevistas a nativos de Tehueco. Semana Santa 2023. Delegación Sinaloa del IIDDM, A.C.*